

La traviata

en Bellas Artes

Por José Noé Mercado

En memoria de Galita, ya un ángel amado

Presentar por estas fechas *La traviata* de Giuseppe Verdi puede entenderse como un previo a la oleada de festejos por el bicentenario natal del llamado *Oso de Busseto* que en 2013 seguramente emprenderá buena parte de los teatros líricos del mundo. Aunque también, en rigor, puede no ser sino una muestra más de que no se sale de la misma programación de siempre. Tan clásica como trillada. Inmortal y exangüe al mismo tiempo. Tan operística.

El caso es que la Ópera de Bellas Artes ofreció con dos elencos una nueva producción de *La traviata*, obra originalmente estrenada en 1853, en La Fenice de Venecia, con funciones los pasados 15, 18, 20, 22 y 25 de marzo, en el Teatro del Palacio de Bellas Artes, como parte de su Temporada 2012.

El primer elenco estuvo encabezado por la soprano **Leticia de Altamirano** en el rol de Violetta Valery, un personaje complejo de interpretar no sólo por sus transiciones anímico-dramáticas que se traducen en retos vocales y expresivos formidables, sino también por la amplia lista de enormes cantantes que han dejado su impronta de este papel verdiano por excelencia en el inconsciente colectivo de cualquier melómano medianamente informado y que nadie que intente abordarlo debería ignorar antes de esculpir su propia creación.

De Altamirano cumplió una labor decorosa, sobre todo si se considera lo emergente de su invitación para estas funciones que originalmente protagonizaría María Alejandres, la (joven) soprano mexicana de mayor proyección en el mundo lírico. Su voz no tuvo dificultades para alcanzar las notas debidas, pero a cambio su instrumento mostró una fragilidad similar a su actuación. Con cierta dificultad para apoyar el registro grave, sin peso histriónico ni *punch* para proyectar y sostener las partes más dramáticas. De Altamirano, quinto lugar del *reality show Ópera Prima* de Canal 22; Marie en *La fille du régiment* en julio de 2011 en Bellas Artes, llegó a esa resbalosa línea que divide los talentos promisorios de las realidades concretas. ¿Será capaz de cruzarla?

El tenor **Arturo Chacón** bordó de lirismo el rol de Alfredo Germont. Con un timbre cálido y sobre todo con experiencia y soltura escénica crecientes (Chacón debutó en enero pasado en la Scala de Milán, como Hoffmann), el cantante aportó el mayor atractivo de esta producción. El barítono **Luis Ledesma** interpretó

un no muy enérgico Giorgio Germont, de voz y dicción algo masticada y gutural, pero después de todo solvente. **Margarita Botello**, **Ramón Yamil**, **Alejandro López**, **Octavio Pérez**, **Roberto Aznar** y **Elizabeth Mata** complementaron el elenco con actuaciones convincentes de sus respectivos partiquinos.

La puesta en escena de **David Attie**, con escenografía e iluminación de **Jesús Hernández**, intentó pasar como contemporánea en su sentido minimalista, pero resultó definitivamente típica en su lectura. Un marco luminoso de neón para las acciones, al estridente estilo de portaplacas trasero de auto en los 90; un ciclorama con colores que ameritaban gafas oscuras; anaqueles al fondo donde se colocaban cortesanos o el propio Alfredo silueteados a la usanza de producciones recientes como *La damnation de Faust* o *Doctor Atomic* en el Met de Nueva York; sillas y acarros de ellas seguro con más carga simbólica que el laberinto en Borges; desenfrenos fresas o un aljibe que se abre de pronto en el piso para remarcar lo obvio: la distancia entre los personajes, fueron parte de un montaje que recibió del público sendos abucheos. Que ni siquiera debió afrontar ráfagas trituras de ellos por una puesta polémica o escandalosa, sino las guasonas salvas y *cuetones* de quienes no encontraron en su propuesta descubrimiento alguno en la lectura de la trama, en la caracterología de los personajes o en la estética de esta obra que cuenta con libreto de Francesco Maria Piave, basado en *La dama de las camelias* de Alejandro Dumas.

El Coro del Teatro de Bellas Artes, bajo la preparación del catalán **Xavier Ribes**, volvió a ofrecer una actuación emotiva y de buena factura técnica. Merecía mejor suerte, igual que la Orquesta y los cantantes, y por extensión el público, que padecer la batuta concertadora del ruso **Denis Vlasenko**, quien en la última función no se salvó del abucheo. Razones no faltarían para ello. Si no por su sonido más decolorado que ropa negra olvidada al sol, por tiempos desguanzados, incapacidad para cuidar la emisión de los solistas o por proyectar un carácter musical más de película de Disney que de ópera verdiana. Pero más seguramente por una especie de imagen orquestal Clasificación A, es decir, carente de conflicto, sin lenguaje violento, con drama mínimo. Pero, eso sí, no apta para todo público. ◉

Nota del editor: Para otra opinión de esta producción y del segundo elenco, ver sección *Otras voces* en www.proopera.org.mx.

